

LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

El contenido de este concepto

Por la frase “historia de la salvación” o “historia de la redención” entendemos el cuerpo entero de los hechos históricos en los cuales el Padre de Jesucristo está activamente llevando a cabo su intención de habitar con su pueblo en una comunión de amor.

Momentos significativos en la historia incluyen, por ejemplo, el llamado de Abraham, la misión de Moisés, el surgimiento de David, y el retorno de la cautividad. Dios creó momentos centrales cuando envió a su Hijo en carne humana, cuando lo comisionó como el Profeta supremo para predicar y sanar, y lo llamó como nuestro único Sumo Sacerdote para sufrir y morir.

Muy en lo alto, por encima de todo lo demás, se encuentra el día de Pascua. Precisamente como una fecha histórica en el calendario, este día es un punto culminante en la historia de la redención. Porque la vida indestructible fue traída a la luz sobre esta tierra por medio del Primogénito de entre los muertos. La historia posterior está llena de esta redención: Ascensión, Pentecostés, viajes misioneros. Cada sermón y cada administración del bautismo constituyen momentos históricos también.

Pero lo mismo es cierto de cada lucha de una persona en la conversión hacia Dios, de cada oración, de cada lucha bien peleada del creyente en la vida y la consolación al morir. Juntamente con la iglesia de todas las edades y todos los lugares, ansiamos el día cuando veremos al Señor, cuando él nos llevará eternamente a sí mismo y nos presentará delante del Padre.

Esta historia de la redención está muy relacionada con—aunque no obstante no es idéntica a—otra frase común y familiar: la *historia de la revelación*.

La frase “historia de la revelación” se refiere a todos aquellos momentos cuando Dios se autorreveló a los hombres en su hablar y actuar. Ya sea directamente o por medio de la gente, Dios mostró quién era y quién desea ser para su pueblo. Él también demostró su poder y autoridad, su ira y sus juicios. Pero su enfoque primario en términos de su pueblo es revelar su gracia y amor.

Dios hizo que esta revelación llegara a su completud en su Hijo y por medio del Espíritu de Cristo.

Mientras que hablamos de una historia continua de la salvación, no nos suscribimos a la noción de una revelación continua. Es de gran importancia distinguir, de esta manera, entre la historia de la redención y la historia de la revelación, debido a que en nuestro día necesitamos estar en guardia contra las nociones de “una revelación progresiva”. Esta idea generalmente significa que la Santa Escritura es un documento en el cual las generaciones anteriores escribieron lo que *ellas* experimentaron de Dios, mientras que en nuestro día nosotros estamos en busca de nuestras propias así llamadas experiencias profundas dentro del contexto más amplio de toda nuestras experiencias con nosotros mismos, la iglesia y el mundo. Aquellas experiencias con el mundo se creen, con mucha frecuencia, que se refieren a los altibajos sociales y las revoluciones políticas. Aquellas así llamadas experiencias profundas entonces las podemos llamar experiencias de revelación (cf. Trimp 1983:23ss. y 1986).

La Biblia misma nos muestra claramente que hay una *unidad* en esta historia de Dios redentoramente rica de hablar y actuar.

Con esto no nos estamos refiriendo a una así llamada “unidad orgánica”, como si todos los momentos que conforman esta historia ocurrieron de la misma manera como, por ejemplo, un capullo se transforma en una flor de acuerdo a la leyes naturales discernibles. Esa clase de “unidad orgánica” es un producto del pensamiento humano. Operaciones de rescate ciertamente pueden organizarse de una manera ordenada, pero eso no las hace ser “orgánicas”. No debemos representar las cosas más bonitas de lo que son. En la historia de la salvación Dios está ocupado con una operación gigante de rescate; él desea hacer posible sobre la tierra lo que es imposible: un pacto entre un Dios santo y un pueblo pecaminoso. Para llevar a cabo eso, muchas puertas necesitan ser abiertas a la fuerza. Doquiera una puerta se abre, el mundo rechina. En un momento dado, incluso el sol se oscurece y la tierra tiembla. Las rocas se parten y las tumbas se abren. Porque Dios está ocupado llevando a su pueblo hacia sí mismo con mano poderosa y brazo extendido. Esa es la obra colosal, pero ciertamente no un evento “orgánico”. Cuando hablamos entonces acerca de la unidad de la historia de la salvación, nos queremos referir al hecho de que todos los momentos en esta historia fueron diseñados por el único y mismo Dios, quien está llevando a cabo, dentro de esa historia, su propio plan de redención. Además, esta unidad se nos da en el centro indisputable de todos los eventos: la vida y muerte de Jesucristo, el Hijo de Dios. La unidad de la historia de la salvación se nos provee en este momento muy concretamente y, específicamente en Aquel que está sentado en el trono de David, a la diestra del Padre (cf. Ef. 1:10, 20).

Nuestro último comentario significa que Cristo ha recibido autoridad para dirigir el Espíritu de Dios (Hech. 2:33-36). A través de este Espíritu él está obrando y caminando las sendas de este mundo y, a través de los periodos de la historia humana se dirige hacia la completud de la historia de la salvación en el día de su gloriosa aparición.

Hasta ese punto, la unidad de la historia de la salvación es también un dato escatológico. Esto significa que eventos innumerables y con frecuencia completamente incomprendibles están siendo dirigidos hacia la única meta de la historia que ahora está siendo gobernada por Cristo.

A tal grado, otra vez, la unidad de la historia de la salvación no puede ser registrada ni calculada por medio de nuestro entendimiento o nuestras computadoras. Entendimiento de esa unidad es dado a aquellos que confiesan al Dios trino. La unidad de la historia de la salvación es una unidad trinitaria. El Credo de los Apóstoles expresa esta historia integrada de la salvación en palabras que difícilmente pueden ser superadas. ¡Cualquiera que desee estudiar las dimensiones histórico-redentivas de un momento particular necesitará activar su confesión del ser y obra trinitarios de su Dios!

Incluso propiamente podríamos llamar a esto “*la historia del pacto*”—una tercera frase relevante a nuestra discusión.

“Historia de la salvación” enfatiza el hecho de que Dios realiza su redención sobre la tierra en el curso de la historia.

“Historia de la revelación” acentúa el don de la auto-revelación de Dios a lo largo del camino. Dios se muestra a sí mismo a su pueblo y a sus enemigos. Con gran poder demuestra quién es él y lo que él desea ser.

“Historia del pacto” enfatiza algo más. Acentúa el hecho particular de que Dios se revela a sí mismo y concede su redención a lo largo del camino de su relación histórica específica con la gente. Dios expresa su amor en la forma de una relación de matrimonio.

Al mirar la historia de la salvación desde este ángulo, descubrimos una historia de fe e incredulidad, una narrativa de amor y la ausencia—peor aún: la negación—del amor, una historia de esperanza y desesperación. Entrando a nuestro ámbito aquí se hallan todos los aspectos de riñas, duda, tentación, ingratitud, falta de visión, irritabilidad, estupidez, necedad y pecados en contra de cada uno de los mandamientos de Dios. Pero eso no es todo. Porque también vemos cómo Dios venció todas estas miserables piedras de tropiezo. Percibimos algo de la obra del Espíritu Santo también en el Antiguo Testamento.

Era el Espíritu Santo quien, en medio de las altas y bajas, en medio de todo el malestar causado por la inestabilidad de la fidelidad humana, sostuvo al pueblo de Dios y los dirigió, a pesar de todo, hacia la meta.

Cuando entendemos la historia de la salvación como una historia del pacto, entonces ese acento en el pacto nos preservará sobre todo de pasar por alto al *hombre* en la historia de la redención. Ya que si hacemos eso, objetivaríamos la salvación, extrayéndola y abstrayéndola de la particularidad de la historia humana. Precisamente en esa historia Dios ha buscado ser alabado.

Naturalmente, hablar de la historia de la salvación es hablar de los *hechos*. ¿Qué sería una historia sin hechos? Pero tampoco tenemos que cambiar los “hechos” a conceptos abstractos. Un hecho “como tal”, el así llamado hecho “bruto”, no existe. No debemos abstraer “los hechos en sí mismos” de Dios. Porque él actúa en el hecho; él establece el hecho. Ni tampoco debemos abstraer “los hechos en sí mismos” de la gente. Porque Dios establece sus hechos en una relación con la gente. Así es como Dios llega a nosotros a través de los siglos y a través de las tierras aquí y ahora. Él se involucra en todas las complejidades de nuestra complicada existencia humana. Él pelea en contra de los intentos interminables de la razón humana de encontrar sustitutos para reemplazar el servicio al Señor. Porque el hombre intenta automatizar el servicio a Dios, ya sea en el legalismo o en el ritualismo. El hombre no se detiene en su inversión en la adoración de ídolos e idolatría con sus impulsos religiosos. Él no puede dejar de escuchar falsas profecías. Toda la historia de la salvación provee una “historia continua”, una historia que simplemente no termina, en relación a esta larga era de preocupación. Cada historia de la vida es también una extensión de esa historia. Si dependiera de nosotros, no haríamos nada sino usar nuestra razón para cambiar la historia de la salvación en una muy grandiosa cacofonía—un drama absurdo representado por una compañía de actores ridículos.

Precisamente en este punto, entonces, ese texto que examinamos anteriormente nos atrapa incluso con más fuerza: “Por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de

ellos” (Heb. 11:16). El Dios Alto y Exaltado que reina desde la eternidad y cuyo nombre es Santo—este Dios no considera inferior a su dignidad llegar a involucrarse con la gente y asumir su suerte. Escuchen lo que dice: “Yo habito en la altura y la santidad, / y con el quebrantado y humilde de espíritu, / para hacer vivir el espíritu de los humildes, / y para vivificar el corazón de los quebrantados. / Porque no contenderé para siempre, / ni para siempre me enojaré; / pues decaería ante mí el espíritu y las almas que yo he creado” (Is. 57:16-17, entre los vv. 15-19). Este Dios morará con su pueblo; no sin propósito él se ha “preparado una ciudad” para tal pueblo (Heb. 11:16)—una ciudad para un pueblo justificado y santificado que confiesa su nombre. Cada historia en la Biblia acerca de la relación entre Dios y el hombre tiene como fundamento esta voluntad y propósito redentivos.

Gloria demos al Padre,
Al Hijo y al Santo Espíritu;
Como eran el principio,
Son hoy y habrán de ser,
Eternamente. Amén.

La debilidad de la frase

Una vez que ya hemos descubierto las varias facetas de la frase “historia de la salvación”, podemos entender su utilidad eminente.

No obstante, en este punto debemos emitir una advertencia. Porque con todas nuestras palabras bonitas corremos el riesgo de que, como al ponerse el papel moneda en circulación, coloquemos frases como “historia de la salvación” e “historia del pacto” en circulación diaria, solamente para que lleguen a ser muy usadas y eventualmente desgastadas. De esta manera un concepto fresco puede degenerar en un término sin significado o en un eslogan vacío. Solamente si usáramos la frase “histórico-redentiva” con mucha frecuencia, después todos empiezan a pensar que nuestros discursos o sermones eran de una calidad superior. Una vez que una bonita frase se convierte en un eslogan, una segunda tragedia sigue rápidamente a la primera: perdemos la diligencia necesaria para detectar falsificaciones.

Por esa razón, queremos afirmar muy claramente en este punto: *la frase “historia de la salvación” por sí misma no contiene nada de reformado*. La frase no es usada exclusivamente por aquellos que se adhieren a la fe reformada. Ni fueron los escritores reformados los que introdujeron la frase. Por sí misma, la frase es extremadamente débil y fácilmente puede ser unida a todo tipo de herejías, fácilmente incrustada a los sistemas de pensamiento racionalista o existencialista, y fácilmente importada a varias formas de teología de la experiencia.

Hace un momento la frase tenía un cierto brillo para nosotros, pero ese brillo se atenuara un poquito una vez que examinemos cuidadosamente cómo la Biblia habla acerca de la historia de la redención, de la revelación y del pacto. Necesitamos entender claramente que los accidentes serios pueden suceder usando el concepto de “historia de la salvación” o “histórico-redentiva”. La historia nos da abundantes ejemplos.

(1) Cuando el teólogo de Leiden, Johannes Cocceius (1603-1669), se opuso correctamente al tratamiento racionalista de la Biblia y al método escolástico de la formulación de la doctrina, él apeló al propio lenguaje de la Biblia, especialmente con respecto al “pacto” y al “reino de Dios”. Al hacerlo de esa manera, Cocceius mostró una gran sensibilidad por el carácter histórico de la historia bíblica. Él tenía un enfoque “histórico-redentor”, podríamos decir.

Pero en la aplicación de este método de la interpretación de la Biblia salió con un esquematismo que condujo a toda clase de errores.

Por ejemplo, él adoptó una agenda o calendario de la redención que eliminó la posibilidad de cualquier perdón real del pecado durante el periodo del Antiguo Testamento. Además, su agenda condujo finalmente a un concepto quiliástico de la historia, comparable a las nociones defendidas dentro del dispensacionalismo Estadounidense. De esta manera, Cocceius es un ejemplo elocuente de alguien que pensó histórico-redentivamente de una manera tal que la redención del Dios eterno fue historizada.

(2) En el siglo pasado gente influenciada por el Romanticismo y las filosofías contemporáneas escribieron historias y desarrollaron metáforas acerca de la historia con gran fervor. Eso condujo, por ejemplo, a la propuesta de que la historia es un proceso orgánico que, en virtud de una cierta autonomía, se desarrolló por sí misma en la dirección de su propia victoria. El todo de la historia está estrechamente vinculado como si fuera un organismo auto-encerrado, y se mueve a sí misma gradualmente hacia su meta.

Aplicado a la historia de la salvación, esta clase de punto de vista resulta en someter la historia de Dios con su pueblo a una noción de progreso orgánico, una idea en última instancia ajena a la Biblia, sin lugar para los puntos altos y bajos de la historia, como estos son vistos en la relación entre Dios y su pueblo. Hay un peligro real de que la historia misma reciba una cierta calidad revelatoria (Fror 1964:26ss.; Bindemann 1886; Rupprecht 1962:140ss., 163ss.).

(3) Del siglo diecinueve proviene también una idea que una vez más hoy ha ganado actualidad: la historia posee una dinámica trinitaria en la cual Dios se está moviendo y a la cual él mismo se somete de una cierta manera “dialéctica”. Primero, Dios es atraído a la historia y después es absorbido por la historia. Esta herejía está de acuerdo con una concepción de la trinidad de siglos pasados—una forma de Sabelianismo, donde la distinción desaparece entre la así llamada “trinidad ontológica” y la “trinidad económica”. Hoy en día oímos a la gente hablar acerca del dios “sufriente” y del dios “crucificado”. O acerca de Jesús, quien llega ser el Hijo de Dios (nos estamos refiriendo a J. Moltmann, y J. Sobrino; cf. Witvliet 1984: 163).

Pongámosle un espín hegeliano a esta línea de pensamiento, y toda la historia humana se “colapsa” en (la historia de) Dios. Su historia es la fuerza interna que conduce la nuestra (así J. Moltmann, descrito en Witvliet 1984: 69; CERN 1979:54-90).

(4) También sucede que la gente proyecta la historia en el ser de Dios. Ellos empiezan a hablar, entonces, acerca del Dios que “crece”. Para su propio desarrollo, Dios necesita al hombre. Dios necesita al hombre como un compañero de conversación, si es que él quiere llegar a su mismo ser. Esta historia es así llamada “historia de la salvación” o “historia del pacto”—un proceso que tiene tres etapas.

El primer esfuerzo de Dios es la creación, la cual parece haber sido dejada sin acabar. El esfuerzo definitivo de Dios ocurre con el hombre Jesús. La etapa final involucra al hombre participando en Jesús a través de la presencia actual (a saber, el “Espíritu Santo”) de Jesús.

Esta es una premisa fundamental en la teología de Hendrikus Berkhof.

(5) La gente puede emplear la frase “historia de la salvación” de tal manera que el carácter histórico de la redención y revelación se usa como un principio de relativización. Por ejemplo, algunos declaran que la revelación es un fenómeno “atado el tiempo”. Porque la Biblia es histórica, la Biblia no puede dirigirse a nosotros con la autoridad de la verdad.

Así como los escritores de la Biblia de antaño escribieron sus experiencias de Dios en sus historias, hoy tenemos que salir con nuestra expresión contemporánea de la verdad. Entonces se hará claro que tendremos un mejor entendimiento de los diversos asuntos que, por ejemplo, el escritor del libro de Josué (con sus historias de guerra) o el apóstol Pablo (con su oposición a la homosexualidad y a las mujeres en los oficios de la iglesia). El progreso de la historia de la salvación y la historia de la revelación se lleva a cabo en nosotros mismos.

(6) La frase “historia de la salvación” también puede ser empleada de tal manera que hablar acerca del beneplácito eterno de Dios, su elección y reprobación eternas, llega a ser imposible. “Elección” y “reprobación” entonces llegan a ser características de los eventos históricos (especialmente del éxodo de Egipto y la destrucción de Faraón). Cualquiera que oye a la Escritura hablar sobre un plan eterno de Dios detrás de los eventos históricos es acusado de “especulación”. En este uso, decir que la “elección es un concepto histórico-redentor” significa que la elección *como una decisión eterna de Dios* no existe. Muchas interpretaciones de Romanos 9 han empleado la frase de esta manera.

(7) Karl Barth inicialmente no tenía nada que ver con conceptos como historia de la redención e historia de la revelación. Donde había “revelación”, ahí no podía haber “historia”, y viceversa. Posteriormente Barth empleó el concepto de la historia de la salvación con una cierta preferencia. Pero para él el concepto quería decir que la “redención se lleva a cabo” una y otra vez.¹

Para Barth, la frase enfatizaba no la continuidad, sino la actualidad del evento. Cuando la redención acontece, no tenemos que suponer que este evento pueda ser capturado en nuestra historia humana como una narrativa de eventos verificables. Al usar la frase de esta manera, ¡Barth pudo describir su propia teología como “histórico-redentora”!

(8) La gente también ha descrito el progreso de la historia bíblica como un desenvolvimiento o desarrollo gradual de un “sistema de verdades”. Esto coloca a la historia de la salvación en el control del racionalismo. Si estas “verdades eternas” se convierten en “ideas”, entonces ahora estamos tratando con una clase de Platonismo.

En este sistema de pensamiento, nosotros que vivimos en la nueva dispensación ya no tenemos necesidad del Antiguo Testamento, porque con las verdades de nuestro Nuevo Testamento hemos crecido más allá del Antiguo Testamento.

¹ NOTA DEL TRADUCTOR DEL HOLANDÉS: La palabra holandesa para “historia de la redención” es *heilsgeschiedenis*. El verbo *geschiden* quiere decir “ocurrir, suceder, acontecer”. Barth enfatiza no la continuidad narrativa de la historia de la redención, sino el evento discontinuo o el “acontecer actual” de esa historia.

En su discusión de Patrick Fairbairn, J. H. Stek ofreció un ejemplo interesante de este uso Platónico del concepto de la “historia de la salvación” (Stek 1970:133ss.).

(9) Finalmente, debemos explicar cómo la teología de la liberación ha secuestrado la frase “historia de la salvación”. Ellos la usan para sugerir que la historia misma se mueve hacia la redención y liberación. El reino de Dios adquiere forma dentro de nuestra propia historia y no es algo flotando encima de la historia. Toda la historia yace bajo la (con frecuencia escondida) autoridad del precursor que nosotros llamamos “el Mesías”. En él la realidad mesiánica de la liberación de los pobres llega a ser presente y real en la historia.

Después de todo, el hecho de la encarnación nos revela que la realidad de Dios ansía por llegar, y en verdad llegará, a manifestarse en nuestra historia.

Nuestro llamado humano es que no impidamos esta manifestación, sino por el contrario, que la promovamos. La gente hace historia en cualquier manera posible. Cada momento de liberación en la historia humana—no importa cuán fragmentario e incompleto—tiene significado histórico-redentor. La principal objeción en contra de la manera comúnmente aceptada del pensamiento histórico-redentor es que deja que la historia bíblica funcione demasiado como norma. Nuestro llamamiento existencial y relevante es integrar la historia de la salvación en la experiencia real de los negros y de todos aquellos que están oprimidos. ¡Esa experiencia verifica la praxis liberadora de Jesús, y viceversa!

Que tal concepto de la historia de la salvación debe permitir amplio espacio para el “ejemplarismo” se evidencia una y otra vez por la manera en que el relato bíblico del éxodo de Egipto es usado. Esta historia es vista como prueba positiva de que los pobres son los elegidos de Dios y que Dios interviene preferencialmente a favor de una minoría oprimida. Cada persona pobre es, de hecho, una personificación de Jesús, quien como hombre se identificó con los hombres y se humilló a sí mismo hasta el nivel de un esclavo, a fin de que de ese modo adoptara una posición de solidaridad con cada marginado, y en su sufrimiento demostrara esta solidaridad hasta el fin más amargo. Viendo a Jesús en cada persona pobre es un asunto de experiencia de fe.

La historia de Israel y de Jesús es simbólica de la manera en que Dios salva, y de la manera en que nosotros—siguiendo a Jesús—debemos intervenir en el curso de los eventos. Cuando leemos la historia de la liberación del Israel judío en la experiencia de los negros, entonces la consumación de la historia de la salvación está en proceso. Porque importamos nuestra experiencia a la historia, y nuestro contexto recibe la oportunidad de revivir la voz del texto antiguo de la Biblia. De esta manera, es precisamente nuestra historia que nos lleva al movimiento del reino de Dios. Nuestra “historia” crea la “historia”. Aquí nosotros permanecemos en el fundamento de la teología “contextual”, conocida también como la teología narrativa (Witvliet 1984: 108; Gutiérrez 1972; H. J. Schilder 1974-1975: 41, 81; H. J. Schilder 1975-1976: 121; Schroer 1977:227ss.; Bohren 1967:345-359; Bohren 1980:170ss.; Rau 1975:342-355; Bruckner 1974; Rau 1979:21-37).

Confiamos en que estos ejemplos han ilustrado ampliamente nuestra afirmación de que al usar simplemente *la frase* “historia de la salvación” no ganamos nada. Tal uso puede, de hecho, ser muy peligroso, ya que la gente puede tomar esta frase como mejor les plazca (H. Berkhof 1968:90-103; 1985:65ss.; Lekkerkerker 1968:209-236; Pannenberg 1977:12:660ss.). Si deseamos emplear la frase “historia de la salvación” o la frase “histórico-redentora” en conexión con la lectura y predicación de la Biblia, entonces todo depende del *fundamento* sobre el cual, y del *contexto* dentro del cual, estamos hablando. Por esa razón, no podíamos prescindir de esta sección en el contexto de nuestra discusión.

Historia de la Salvación y Tipología

Este manual tiene la intención de ofrecer una evaluación de nuestro uso de términos como “histórico-redentor” y “ejemplarista” en conexión con la lectura y predicación del material histórico de la Biblia. Queremos llegar al debate de la década de los 1940. Pero primero tendremos que tomar un largo desvío a fin de familiarizarnos con el marco dentro del cual nuestros términos están siendo usados.

Hasta este punto, hemos hecho poco más que explorar el terreno en el cual el concepto de la “historia de la salvación” ha estado funcionando. Antes de examinar cómo el método histórico-redentor ha funcionado en la teología y predicación reformadas durante este siglo, tendremos que explorar juntos una ruta más de entrada. En tanto que no nos impacientemos, nuestra última discusión no nos causará problemas con el uso de un concepto inexplicado.

Necesitamos en este momento discutir el asunto de la “*tipología*”. Con frecuencia oímos a la gente defender la premisa de que varias historias del Antiguo Testamento tienen un significado “tipológico” para la iglesia del Nuevo Testamento, o que los personajes o elementos en estas historias son “tipos”, especialmente de Cristo. La pregunta que surge naturalmente es: ¿Qué es la tipología? ¿Por qué es importante para una lectura histórico-redentiva de la Biblia? Esta sección está dedicada a responder aquellas preguntas.

Al principio de este siglo, la ciencia del estudio del Antiguo Testamento había llegado a ser, en muchas universidades, una clase de ciencia literaria. Esa fue una de las consecuencias del así llamado “criticismo bíblico” desarrollado en el siglo anterior. El Antiguo Testamento era visto y tratado como un documento proviniendo de una de las religiones del Medio Oriente. Esta ciencia tenía poco interés en la conexión entre los testamentos Antiguo y Nuevo. Su enfoque no estaba dirigido hacia la predicación de la iglesia o la lectura de la Biblia. Numerosos comentarios fueron escritos durante este tiempo; fueron tan críticos como áridos. Desde 1930 más o menos hemos visto un renovado interés en el carácter revelatorio del Antiguo Testamento. En este punto no profundizaremos en el antecedente de esa renovación. Uno de sus muchos estímulos habría sido una reacción al creciente anti-semitismo en Alemania, y otro habría sido la creciente influencia de Karl Barth (Rupprecht 1962:202ss.).

No importa cuáles fueron las causas, la gente empezó otra vez a reflexionar acerca de la conexión entre los testamentos Antiguo y Nuevo, y a preguntarse qué “testimonio” contenía el Antiguo Testamento acerca de Jesucristo. Así que varias preguntas surgieron respecto a la relación entre la revelación y la historia (Berkouwer 1952:87-123).

Desde el mero principio, estos nuevos desarrollos atrajeron la atención de pensadores reformados en los Países Bajos. Especialmente B. Holwerda y M.B. van 't Veer parecían tener mucha curiosidad, leyendo varias publicaciones de los 1930s con más que un interés casual. En una serie de artículos intitulada “¿Cómo Tenemos que Leer La Historia Sagrada?”, Holwerda notó que las preguntas respecto a una lectura correcta del Antiguo Testamento estaba llamando mucha atención tanto dentro y fuera de su círculo, comentando: “¡Fuera de nuestros círculos también! Ustedes saben cuán fiera la lucha sobre el Antiguo Testamento era y es en Alemania...” (Holwerda 1940). ¡No sorprende

que estos hombres estuvieran tan interesados! Ha sido el pueblo reformado en los Países Bajos quien ha reconocido ya hace tiempo que la Biblia no debe ser tratada de una manera racionalista, como si pudiera servir como un arsenal de textos-prueba para la dogmática tradicional. Cerca del fin del siglo diecinueve, tanto Herman Bavinck y Abraham Kuyper calurosamente saludaron y alabaron la—en ese tiempo aún—joven disciplina teológica conocida como “historia de la revelación”. Ellos tenían un vivo interés en este desarrollo. Porque esta “historia de la revelación” podía servir como un arma en contra de la negación, por el así llamado criticismo bíblico, de la historicidad de los hechos mencionados en la Biblia. En adición, esta disciplina teológica podía ayudar a exponer un uso atomístico-mecánico de versículos aislados puestos a fuerza al servicio de la dogmática tradicional. Y la disciplina de la “historia de la revelación” podía servir para corregir una visión moralista (o “ética”) de la Escritura en la cual la Biblia era simplemente un documento para la personalidad religiosamente inclinada, aceptada como autoritativamente meramente en términos de esta inclinación religiosa. En breve, los pensadores reformados correctamente percibieron que exponiendo la “historia de la revelación” podía protegerlos de los puntos débiles encontrados en la oposición fundamentalista en contra del liberalismo (cf. Trimp 1970:49ss., 53).

Junto a los nombres de Bavinck y Kuyper podemos mencionar con gratitud a los intérpretes y predicadores como J. van Andel, G. Doekes, J.C. Sikkel y T. Hoekstra. Durante los años después de 1989, J.C. Sikkel fue de mucha influencia entre los estudiantes en la Universidad Libre como alguien que ofreció una alternativa para la predicación doctrinal y moralista de esa era (Grosheide 1946:69).

En ese tiempo otros teólogos también, fuera del círculo de los pensadores reformados en los Países Bajos, estaban explorando la relevancia del Antiguo Testamento para la predicación acerca de Cristo que se halla en el Nuevo Testamento y para la predicación de la iglesia en este día y era. Esto confirmó que la atención que se estaba dando a estos asuntos entre el pueblo reformado eran tanto entendible y apropiada.

De las muchas contribuciones a esta discusión que han sido hechas desde 1930, nos gustaría enfatizar lo siguiente.

(1) Sobre la base de una apreciación honesta del texto, la gente vio otra vez, o por primera vez, que el Antiguo Testamento mostraba un *impulso que se movía hacia delante*. Porque Dios estaba ocupado, por medio de sus promesas, obteniendo la confianza de su pueblo. Las promesas requieren cumplimiento, y hace que la gente espere mucho del futuro. Este carácter de la administración de Dios enseñó a Israel a pensar *históricamente*. El pasado habló del Israel de Dios, y el futuro lo haría también.

(2) El cumplimiento de las promesas de Dios muestra ciertas “*dimensiones*”—o para usar la metáfora de un edificio alto, podríamos decir que este cumplimiento tiene varias “historias” o “pisos”.

Cuando piensas que has alcanzado la cima, te das cuenta que no lo has hecho.

Israel vivió dentro de un horizonte cambiante durante su viaje a través del tiempo, y permaneció continuamente en la ruta, un mirar adelante hacia el futuro lleno de tensión. Cada cumplimiento parecía ser la base nuevamente para una nueva etapa de espera.

El corazón y esencia de la promesa de Dios, después de todo, era la promesa: “Yo seré tu Dios y tu serás mi pueblo. Después te haré una bendición para el mundo”. Esta promesa no fue completamente cumplida o exhausta con la entrada de Israel a Canaán. En ese punto, parte de esta promesa permaneció “abierta”, como una cuenta sin pagar permanece abierta. Así es exactamente como Hebreos 4:9 describe la “expectativa” o situación de espera de la promesa: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios”. Cuando miramos esta promesa de “reposo”, podemos ver varias etapas: el séptimo día, la entrada a Canaán, las palabras de David en el Salmo 95, la iglesia del Nuevo Testamento. Siempre parece que la Biblia está hablando acerca de un día posterior que está por venir. Podríamos decir lo mismo acerca de la promesa de la “siente” o la “tierra”.

Dios habla en la historia y a través de la historia.* Pero nunca es el efecto de esto que el pueblo de Dios esté atado a un periodo de tiempo particular o permanezca todavía junto a un hecho histórico particular. El pueblo de Dios está de continuo empujando hacia más adelante, continuamente en proceso, continuamente moviéndose hacia el futuro. Inclusive hoy, la iglesia vive perpetuamente en esta situación: en Cristo ella ha visto muchas cosas cumplidas, pero no obstante aún tiene un fuerte impulso interno moviéndola hacia la consumación del futuro. En este contexto Abraham Kuyper habló acerca de la *unidad y profundidad dioromática* de la historia del Antiguo Testamento (de las palabras griegas *dia* [a través de] y *horama* [visión]; Kuyper 1894:3:104-105). Una vez que la ves, seguirás viéndola. ¡Porque siempre hay algo más que ver!

(3) Fue en este mismo contexto que el nuevo interés surgió concerniente al asunto de la *tipología*.

“Tipología” es una referencia taquigráfica para una cierta manera de tratar la narrativa bíblica. Este método está separado de la alegoría por medio de un abismo que no se puede puentear. Este abismo consiste en tomar seriamente el tiempo y la historia del texto. Por su propia naturaleza, la “alegoría” no tiene ningún interés en la historia. Como vimos antes, la alegoría está basada sobre una dimensión “vertical”: el reino “de arriba” es el lugar del “ser real”, no “aquí abajo”. Lo que tenemos “aquí abajo” es cuando mucho un indicador umbrátil hacia lo que es real. En este sistema, las genuinas decisiones no pueden ser hechas o la verdad definitiva no puede ser revelada.

Por contraste, la “tipología” depende de tomar la historia seriamente. El pensamiento tipológico viaja a través de la línea “horizontal” de la historia, una historia sucediendo sobre esta tierra particular. La tipología busca llamar la atención a la obra de Dios en lo concreto de la vida y sociedad humanas.

La característica de la tipología es poner atención a las analogías y a las similitudes estructurales evidentes entre las instituciones, personas o eventos de una era anterior y de aquellas de un periodo posterior.

* NOTA DEL TRADUCTOR DELHOLANDÉS: El lenguaje y contexto de esta declaración en el original clarifica que este hablar divino ocurre en y a través de la historia redentiva *escriturada* (puesta por escrito).

Por ejemplo, el bien conocido teólogo del Antiguo Testamento G. von Rad, ha mostrado que ya dentro del Antiguo Testamento podemos encontrar una analogía en el punto donde el principio y el final de la historia son descritos. Isaías 11 describe una representación visionaria del futuro, cómo el paraíso retornará. Amós 9:11 (y otros varios pronunciamientos proféticos) ve al rey David resucitando en el futuro. El retorno de la cautividad es descrito con palabras e imágenes aparentemente prestadas del viaje de Israel entre Egipto y Canaán (Os. 2 e Is. 52:11-12). La Jerusalén renovada muestra indicios de la antigua Jerusalén (Isa. 1:21-26), y el éxodo de Egipto permanece como el paradigma para la liberación de Babilonia (por ejemplo, en Jer. 16:14-15; 23:7-8; Os. 2:14).

La nueva, hasta ahora no conocida, obra de redención de Yahvé es representada en términos del patrón de los antiguos eventos familiares. Podemos llamar al evento anterior un “tipo” de los nuevos y futuros eventos. Por “tipo” queremos decir un “paradigma”, una “forma” (en el sentido de “forma-molde”, como un molde gelatina).

La analogía entre antes y después no surge de la convicción de que el curso de la historia es comparable a un círculo. En esta concepción, siempre regresamos al punto de inicio y todo sucede una y otra vez. Esa perspectiva cíclica es completamente ajena a la Biblia. Caracteriza a varios sistemas de pensamiento pagano. Más bien, la tipología está fundamentada en el movimiento irreversible hacia delante del tiempo. Hay una relación *temporal* entre eventos anteriores y posteriores. Un rasgo importante de esta relación temporal es que lo “posterior” no nos mostrará una copia exacta de lo “anterior”. La *analogía* no es *identidad*. Hay una gradación entre los eventos primeros y segundos, y usualmente esa gradación consiste en una intensificación. Lo antiguo se repite en el futuro pero simultáneamente sobrepasado o superado. La interpretación tipológica del Antiguo Testamento está fundamentada en estas consideraciones. La palabra “*tupos*” (usada, por ejemplo, en el Nuevo Testamento en 1 Cor. 10:6) no se refiere a un paralelo incidental, sino habla de una pre-figuración; en lo viejo puedes ver la estructura de lo nuevo. Si miras cuidadosamente la “forma” del molde de la gelatina, te darás una buena idea de cómo se verá el postre de gelatina después.

Nuestra metáfora es un poquito banal, pero lo queremos decir es claro. Si una cierta matriz de hechos presentando las actividades de Dios y los hombres es “típica”, entonces tenemos que ver en esa matriz más que lo que percibimos a primera vista. Porque debemos buscar descubrir algo de una pre-figuración de lo que está por venir después. (Recuerda la declaración del Catecismo de Heidelberg en el Domingo 6, P/R 19, de que el evangelio fue “representado” (prefigurado) por los sacrificios y las demás ceremonias de la ley). Tú puedes entender por qué este principio es tan importante para leer y entender la historia del Antiguo Testamento.

Si esta conexión tipológica ya está activa en el Antiguo Testamento (por ejemplo, en términos del éxodo de Egipto / retorno de Babilonia), entonces esta conexión también es válida con relación a todo el Antiguo Testamento en términos de la obra de Cristo y la iglesia en el nuevo pacto. Es precisamente la concepción reformada de la Escritura que justifica y requiere escoger tal punto de partida. Si no aceptas la unidad de la Escritura, es imposible aceptar esta concepción de la Escritura. A lo mucho, solamente podrás argumentar que los escritores del Nuevo Testamento usaron historias antiguas y las

aplicaron a ellos mismos. Pero si confiesas la unidad de la Escritura y la unidad del Autor de la Biblia, entonces hablarás muy diferente. Dirás que el Dios que hizo la historia y es autor de la Escritura hizo que sucedieran muchas cosas y que sean puestas por escrito con una mirada a lo que estaría sucediendo en “los últimos días” en el nuevo pacto. El intérprete del Nuevo Testamento no está añadiendo valor a la vieja historia, sino que más bien está prolongando el valor contenido en esa vieja historia. Él está haciendo explícito la riqueza que yace implícita en la historia. Era la Palabra de Dios que guió, movió, formó y reformó a Israel; era la Palabra de Dios que humilló y exaltó a Israel. La Palabra de Dios era la fuerza constitutiva dentro de la historia de Israel. Así es como Dios obró en Israel. Así es como Él guió a su pueblo hacia el futuro. Esa es la fuerza motriz y dinámica detrás y dentro de la historia de la salvación.

La Palabra de Dios crea y constituye la historia; este hablar constituyente-de-la historia de Dios fue completado en Cristo (Juan 1:14; Heb. 1:1-2). El mismo Dios que se reveló a sí mismo en Cristo ha dejado huellas tras sí en la historia de su pueblo del Antiguo Testamento. El Padre de Jesucristo trajo la creación a la existencia y creó su historia. Este Dios está presente tanto en los testamentos Antiguo y Nuevo. Por esta razón, podemos ver en los hechos del Antiguo Testamento una dinámica histórica tomando forma que se mueve hacia Cristo. Hay una analogía estructural entre la obra anterior y posterior de Dios, basada sobre el único plan del único de Dios. Los elementos preliminares y fragmentarios en el Antiguo Testamento están maduros en el Nuevo Testamento. Dios establece su nuevo mundo irreversiblemente y definitivamente en Cristo y a través del Espíritu. Donde había una promesa, el cumplimiento ha llegado. La imagen sombría es reemplazada por la sustancia misma, tanto como un compromiso conduce a y es reemplazado por el matrimonio.

De este modo, no debe ser suficiente con explicar una historia del Antiguo Testamento examinando su conexión con el tiempo que precede al texto o con el entorno circundante dentro del cual la historia ocurrió. También tenemos que explicar los textos narrativos de una manera que honre su “movimiento hacia delante”—lo que equivale a decir: de acuerdo al carácter propio de la Biblia.

Así es como el creyente reformado puede procesar para sí mismo los conocimientos del estudio del Antiguo Testamento y obtener beneficio de ese estudio.

(4) Del estudio del Nuevo Testamento, también, luz fue derramada sobre estos asuntos durante los 1930s. La obra de L. Goppelt ejerció una influencia significativa aquí. En 1939 este escritor publicó un libro titulado *Tupos*, un libro que rápidamente llegó a ser muy influyente, también en los círculos reformados.

Con miras a nuestra final discusión, nos gustaría resumir las ideas de Goppelt.

a. Goppelt indica que la palabra *tupos* se refiere a la forma como instrumento y como resultado (en términos de nuestra anterior ilustración, *tupos* se refiere tanto al molde de gelatina como a la gelatina moldeada). Este significado básico de “forma” puede ser descrito con palabras castellanas como modo, estilo, patrón, representación, ejemplo e impresión. El Nuevo Testamento usa esta palabra de estas maneras en pasajes donde

traducimos *tupos* como “ejemplo” (Rom. 6:17; Fil. 3:17; 1 Tes. 1:7; 2 Tes. 3:9; 1 Tim. 4:12; Tito 2:7 y 1 Pe. 5:3).

b. La misma palabra puede servir para indicar que un evento es una pre-figuración de un evento posterior. Para ilustrar esto, Goppelt apela a la manera de hablar del apóstol en 1 Corintios 10:6 y 11. Ahí, el apóstol está mirando desde una situación actual de su tiempo hacia un tiempo anterior en el pasado. Él quiere iluminar un problema actual en la iglesia de Corinto, respecto a comer y beber, con la luz del pasado de la iglesia. Con ese propósito en mente, él describe de una manera contemporánea los eventos antiguos (en el desierto), de tal forma que sus lectores tendrían poca dificultad de verse a sí mismos en esa historia antigua. Después de todo, Cristo ya estaba ahí entonces, como lo estaban los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor. Solamente necesitas mirar a la roca, el viaje a través del desierto, y el maná. Así pues, podríamos decir que los eventos del Antiguo Testamento y la situación en la iglesia eran eventos *análogos*. Esto no significa que ellos demostraron un acuerdo en los rasgos externos. Más bien, hay una igualdad esencial en la actividad de Dios y a la vista de Dios.

c. Al mismo tiempo, el apóstol tiene buen ojo para la *diferencia* entre entonces y ahora. Él habla de eso en el versículo 11: “los fines de los siglos” nos han alcanzado. Ahora es el tiempo cuando aquello que Dios había planeado durante siglos está siendo realizado. Consecuentemente, ¡eso aumenta nuestra responsabilidad mucho más!

d. Para nuestros propósitos, el punto de esta breve discusión es que los eventos anteriores exhiben la clase de estructura de la cual podemos discernir los contornos de la obra posterior y definitiva de Dios en la dispensación del Espíritu Santo. Dios estaba dirigiéndose hacia esa dispensación.

A esta conclusión deseamos agregar la siguiente observación personal. Encontramos la misma característica en varios pasajes del Nuevo Testamento donde la palabra *tupos* no se usa. Tenemos en mente el reporte acerca de los nacimientos de Isaac e Ismael, y acerca del conflicto entre Sara y Agar en Romanos 9:7-9 y Gálatas 4:21-31. La misma observación puede ser hecha respecto a la descripción del nacimiento de Jacob y Esaú (Rom. 9:10-13), y la reunión de Moisés y Faraón (Rom. 9:17-18). La situación misionera actual en la que el apóstol vivió después de sus tres viajes misioneros recibe su iluminación definitiva de estas narrativas antiguas.

En esta conexión, la declaración del apóstol en Gálatas 3:8 es formulada muy fuertemente. Porque Dios siempre había tenido la intención de justificar a los Gentiles por medio de la fe, Dios había proclamado el evangelio a Abraham: “en ti serán benditas todas las naciones”. Las palabras realmente son incluso más fuertes: ¡la *Escritura* vio esto de antemano y la *Escritura* proclamó esto a Abraham! ¡Aquí la *Escritura* está identificada directamente con Dios! ¡Como si nadie dudaría de que estemos tratando con Dios en la *Escritura*! Él habla, y nosotros lo encontramos. La unidad de la historia y la unidad de la *Escritura* yacen ancladas en el *plan* de Dios. Ese plan de Dios es la base para nuestra reflexión acerca de la inspiración de la *Escritura* y la unidad de su Autor. Esto a su vez llega a ser el fundamento final y real para tratar con la tipología.

e. Concluimos con una observación más de Goppelt. Él señaló que el carácter tipológico del Nuevo Testamento fue anticipado en la escatología profética. Porque en la profecía del Antiguo Testamento, el tiempo de redención apareció para renovar y superar la

salvación anterior. Porque Dios estaba llevando su elección hacia delante, él estaba venciendo sus propios juicios, eliminando cada defecto y coronando la historia que él mismo había iniciado (cf. Isa. 43:18-19; 44:6ss.; 45:18-21). Por lo tanto, Cristo estaba hablando enteramente en línea con los profetas cuando se llamó a sí mismo más grande que Salomón y Jonás (Mat. 12:41-42), y al declarar “uno mayor que el templo está aquí” (Mat. 12:6).

(5) Todas estas contribuciones de los estudios bíblicos han ayudado a restaurar la tipología a su lugar legítimo de honor. Anteriormente, la tipología había caído en descrédito cuando, en nombre de la tipología, la gente realizó maniobras gimnásticas ofensivas y de mal gusto con la Biblia.

Eso se hizo evidente en estas y similares demandas: el hacha flotante (2 Reyes 6:6) muestra la forma de la cruz; las manos alzadas de Moisés (Éx. 17:11ss.) señalan a los brazos extendidos de Cristo sobre la cruz; Aarón subiendo al Monte Hor (Núm. 20:22ss.) prefigura a Cristo, quien ascendió al Gólgota para morir; la huida de David de Jerusalén al torrente de Cedrón (2 Sam. 15:23) señala a Cristo que fue al Getsemaní; y el cordón de grana de Rahab (Jos. 2:18) simboliza la sangre salvadora de Cristo.

Ahora, sin embargo, ya se hizo claro que el tipo no tiene que buscarse en el detalle biográfico o en la similitud externa e incidental, sino en el complejo total de hechos y eventos en los cuales tanto la mano divina y las personas humanas jugaron un rol (Baker 1976:137-157). Al hacerlo así, tomamos muy en serio el hecho de que el Dios trino es el Sujeto actuante de estas historias antiguas. Era el Padre de Jesucristo que estaba actuando en aquellos eventos del Antiguo Testamento. Cada hecho del Antiguo Testamento yace incrustado dentro del contexto de esa actividad. El Espíritu Santo nos relata la historia de esos hechos en la manera que la Escritura los describe para nosotros.

Por lo tanto, todas estas historias están relacionadas en perspectiva con Jesucristo y la iglesia del Nuevo Testamento. Un hecho anterior nos revela la manera de la actividad de Dios, llevando un rasgo que podríamos describir como “típicamente Yahvé”, como B. Holwerda lo puso una vez. Este Dios nunca se niega a sí mismo. Ni tampoco se arrepiente, sino que él supera su obra anterior en los últimos días cuando, por medio de su Hijo y su Espíritu, su intervención se intensifica. Y en todo esto, él continúa buscando a su pueblo con fidelidad indefectible.

La predicación “histórico-redentora” está fundamentada en el respeto a este amplio contexto de la actividad de Dios. Predicar histórico-redentivamente es predicar de tal manera que la interpretación del texto inherentemente conduzca a la congregación a Cristo y al Espíritu, quien establece y completa la obra de Dios iniciada en la antigua dispensación.

Traducido del Inglés por Valentín Alpuche
ReformedLiterature.com/es